

torre del homenaje separada, gallardísima. Estampa castrense y religiosa de las más bellas que aparecen en los caminos españoles. ¡Estampa de la Reconquista! Y siete iglesias de otros tantos conventos en esta diminuta ciudad de apenas tres mil habitantes, cabeza del señorío; iglesias hermosísimas, cuidadas, pulcras, calladas, penumbrosas. La de Santa Clara, de un gótico del siglo XIII, levantada sobre un caos de tejados viejísimos, tiene un ábside románico cerca de la muralla, que produce pasmo. Bécquer lo contemplaría. A su vera hay un tapial con madre selvas. La torre del homenaje queda envuelta en una nube de grajos feroces al atardecer.

En este vergel de Molina hacia posada el Cid con sus huestes, viniendo de Medinaceli, camino de Valencia. Molina tiene una historia: la Orden de los Caballeros de Doña Blanca, la última señora; historia famosa, viva todavía...

La andadura tuvo fin en La Mancha, tierra donde el español podrá siempre convertir los molinos en gigantes. Tuvo remate en Iniesta. Llanura, cereales y viñedo; cinco mil almas, dos molinos de viento sin aspas, chopos, rejas labradas a la manera del conque Beccrill. Una torre cuadrada de ocho ventanas, achaparrada, y no obstante con alas en el paisaje. Pueblo celtibero y luego romano. Poyos en las puertas y monedas lo atestiguan. Estos y otros vestigios dan estilo a la villa, algo que parece a veces un recuerdo. Por eso su vivir señero, proyectado hacia atrás, hacia una historia que pudo ser grande. En el siglo XV tuvo leyenda. Pudo ser tronco de un linaje poderoso, pues en la villa quedóse de señor en trance de retiro el ínclito y famoso caballero Enrique de Aragón, llamado en la Historia «marqués de Villena»; nigromante, soñador, gramático, escritor y uno de los castellanos más cultos de los inicios del Renacimiento. Hombre en quien se cebó la calumnia de un modo despiadado — se le tildó de impotente, cuando quedó bien claro que fue padre de una hija talentosa, Sor Isabel de Villena—, fue conocido al final por «el señor de Iniesta», gracias a la misericordia y merced de Enrique III el Doliente. Es el más grande de los Villenas o Pachecos tan poderosos en esta parte de Castilla.

Pueblo de muchos hidalgos; de gentes soñadoras. Ya no queda nada. Los hombres ahora no leen nada; juegan en el casino, eso es todo.

Otra historia de esta villa, es la del que escribe. Pero esto no interesa aquí.



CUARESMA

Cuaresma. Cuarenta
morados cipreses
en la lontananza
del Abril en ciernes.
En las catedrales
de belleza agreste,
fiera, rectilínea,
húmedas de preces,
las bóvedas roban
la voz penitente
del eco profundo
de los Misereres...

Cuaresma. Cuarenta
rosales silvestres.
Cilicios, espinas,
ceniza caliente.
Sobre la madeja
del tiempo, se tejen
las hileras largas
de los penitentes
con las notas hondas
de los Misereres...

Cuaresma. Calvario.
Viacrucis y fieles.

En el horizonte
cercano del Viernes
Santo, la silueta
de Dios funde a muerte
sobre un primer plano
de nubes y hieles.

Cuaresma. Plegaria
y ayunos. Doliente
liturgia de ritos
y Oficios solemnes.

En las catedrales
de belleza agreste
cuesta arriba sube,
cuesta abajo viene
como una oleada
del órgano, el siempre
grave y hondo acorde
de los Misereres...

JUAN G. RODRIGUEZ



Salamanca, 1962

POR LA ALTA EXTREMADURA

PANORAMAS HISTORIOGRÁFICOS

por Gregorio GALLEGO CEPEDA

APRIETA el sol de firme sobre la solana de la sierra. Hemos subido lentamente hasta la cumbre donde está emplazado el Castillo de Portezuelo y apoyados de codos sobre sus almenas oteamos el inmenso panorama que enmarca un horizonte de nubes algodanosas orladas por el oro amarillo del poniente. El verde plata de las encinas amortigua el reverbero de luz que el sol implacable vierte sin tasa ni medida, y, allá, en el fondo de la llanura inmensa, se desliza por el mordido cauce, angosto y profundo, las aguas del Tajo, bisectriz de Hispania, ruta celtibérica, manantial de romanidad a caballo de puentes eternos, donde surgen alabastros, columnas, estatuas... reliquias!

Este paisaje de Extremadura, índice contemplativo de españolismo sustancial y sincero, contrasta con la femineidad paisajística de los valles serranos que cierran el horizonte por el Norte. Valles lujuriantes de verdura agarrados como sinapismos a las piernas de los colosos gigantes de Gredos y Gata. Valles donde el Jerte riega un paraíso que es caricia para la vista y perfume para el sosiego de las almas, Valle del Tiétar; rincón apacible y fecundo, gracioso y ubérrimo, saturado de renunciadas imperiales. Valle de las Granadillas. Transierra leonesa en la vertiente meridional de esta Vetonia milenaria, regada por gargantas serranas que bajan de los picachos enhiestos de las cumbres hurdanas, de las sierras de Hálama morisca, de Pinajarro hervasense, de los arroyos lípidos de Gata...!

Estos Valles, separada su uniforme trinidad por los pliegues gigantes del coloso crestón medular de la Península, que es la Carpetovetónica, regalan a Extremadura la dulzura de su clima invernal, al abrigo de los cierzos castellanos, y siembra de vergeles fascinantes las suaves laderas en la que se asientan refugios imperiales como el de Yuste; residencias de epicúreos patricios romanos, como Caecilio-Vico y Cáparra; jardines medievales sembrados de naranjos y perfumados de azahar como Acebo y Trevejo; ciudades milenarias, que aun perviven en la gozosa placidez de su envidiable acomodación geográfica como Plasencia, Gata...!

Resbala la llanura al remanso de los alcores y suceden a las vertientes serranas las mansas tierras del pan y los amplios horizontes de encinares extensos. Enseñorea su majeza morisca y romana esa joya arqueológica que se mira ruborosa en el espejo del Alagón, donde refleja la pétreo mole de su Catedral y el hechizo agareno de su Alcázar: Coria, la Deseada...

Y desde este Castillo de Portezuelo, en lo alto de la microcordillera que allá, a lo lejos, desprendiéndose de los Montes de Toledo, se agacha y angosta en Monfrágüe para dar paso al Tajo y se vuelve a encrestar alzando sus cresterías en Mirabel, Casas de Millán, Pedroso, Portezuelo, Portaje y Acehuche, para internarse en Portugal llegando a la Sierra de la Estrella, vemos cómo se cierra por el Sur la penillanura del Alagón. Y en esta sierra, vemos el escenario de acomodación geográfica donde localizamos el paso de culturas ancestrales con cuyos restos, exhumados y catalogados convenientemente, hemos formado un cuerpo de doctrina histórica, que es, y forma, el ensayo que poscede, monográfica exposición de nuestros descubrimientos.